

MAYO DEL 68: EL CAMINO AL TERRORISMO

Por 68 entiendo aquí una serie de cambios en la cultura que se produjeron en diversos países de Europa y América a lo largo de la década de los sesenta y que, si bien tuvieron manifestaciones distintas según su distribución geográfica, estuvieron relacionados entre sí. Me interesa particularmente el cambio de valoración de la violencia política y la influencia que tuvo en la aparición de un nuevo tipo de terrorismo durante los años posteriores. El tema es muy amplio y con muchos aspectos. Mi exposición será necesariamente esquemática y ello me obligará a centrarme en aquellos que creo pertinentes para una comprensión del fenómeno terrorista. Quedarán fuera otros muchos, seguramente muy importantes.

En primer lugar, conviene tener en cuenta que en los sesenta rebasa la adolescencia la generación nacida en los cinco años siguientes al fin de la Segunda Guerra Mundial (entre 1945 y 1950). En 1968, esa generación ronda los veinte años, más o menos. Su llegada a la edad adulta coincide con una bonanza económica sin precedentes. No sólo se han superado las consecuencias catastróficas de la contienda, sino todo el ciclo depresivo iniciado en 1929. No conocerá, por tanto, la penuria que sufrió la generación de sus padres. Esta bonanza recibirá diversos nombres: neocapitalismo, sociedad de consumo, sociedad afluente, etc. (por su-

Jon Juaristi es escritor y catedrático de Filología Española

puesto, me refiero a los países de Europa occidental y a los Estados Unidos. En Europa del Este y Latinoamérica las cosas son distintas, como bien sabemos).

Muy brevemente, hay que mencionar también otros dos fenómenos concomitantes: el crecimiento de las clases medias asalariadas y la aparición de una cultura juvenil. El primero se debe, obviamente, a la integración en las mismas de un amplio sector de las clases trabajadoras, cuyas condiciones de vida mejoran considerablemente gracias a la extensión del Estado del bienestar (en Europa) y de los elevados salarios (en Estados Unidos). Las opciones políticas revolucionarias retroceden. Pierden fuerza los partidos comunistas y se consolidan y crecen los socialdemócratas. En el segundo influyen factores diversos. El acceso general a la enseñanza secundaria –que se implanta en España en 1971– retrasa la edad de incorporación al trabajo y facilita el acceso a la universidad de un buen número de hijos de las clases asalariadas. Por otra parte, aparece una industria dedicada a fabricar exclusivamente bienes de consumo para los jóvenes. La juventud, que había sido hasta entonces una mera fase de transición, de iniciación en la edad adulta, adquiere una autonomía y una perspicuidad hasta entonces inimaginable. A mediados de los sesenta todavía los jóvenes se vestían como los adultos, pues no constituían una categoría distinta e independiente de estos; a finales de la década, los únicos jóvenes disfrazados todavía de adultos eran los alumnos de las facultades de Derecho, y cinco años después muchos adultos se empeñaban ya en vestirse como los jóvenes. Se había producido una juvenilización general de la cultura. Desde finales del siglo XIX, los partidos políticos y las iglesias habían creado sus organizaciones juveniles. Era una forma de ampliar su militancia e ir formando los cuadros necesarios para sus organizaciones adultas, pero tales “juventudes” (llamáranse socialistas, católicas, mauristas, libertarias, etc.) estaban absolutamente subordinadas a partidos y organizaciones poco menos que gerontocráticos. Lo verdaderamente nuevo de la ruptura sesentista es que los jóvenes reclaman una autonomía total respecto al mundo de los mayores. Se comienza a hablar entonces de “movimiento juvenil”, no ya como apéndice de una cualquiera de las organizaciones políticas o religiosas antes existentes, sino como uno de los rasgos, quizá el más visible, de la nueva cultura (o, como se le llamará en los Estados Unidos, *contracultura*).

Lo que las distintas manifestaciones de ese movimiento tienen en común es el rechazo del mundo de los adultos. En cierto sentido, esto puede parecer una perogrullada. En todos los tiempos ha existido un número más o menos grande de jóvenes que se han rebelado contra los valores y las formas culturales de sus mayores, pero nunca hasta entonces fueron una mayoría. Las rupturas eran cosa de las vanguardias. Como los historiadores del movimiento romántico ya advirtieron, a la ruptura sigue inmediatamente una transacción, y los rebeldes que no se adaptan a la misma se quedan vegetando en la marginalidad, como bohemia artística o como delincuencia, sin más. No fue el caso del 68. Los jóvenes fueron literalmente bombardeados por llamadas a la rebelión que les llegaban de todos los emisores culturales que contaban para algo. Rebelarse era la consigna general. ¿Contra qué? Eso era lo que no estaba tan claro. En términos muy amplios, el enemigo era el “viejo mundo”, y eso incluía el viejo capitalismo, el viejo comunismo, la vieja Iglesia o las viejas iglesias, todo lo que pareciese implicar conformidad con lo establecido o con lo heredado.

Habitualmente, tendemos a pensar en el 68 como un fenómeno de izquierda, y es verdad que de izquierda fueron sus manifestaciones más aparatosas, pero la rebelión se dio tanto en la derecha como en la izquierda. Alguien que lo advirtió con claridad fue Pasolini. El escritor y cineasta italiano se dio cuenta de que se estaba produciendo una catastrófica ruptura con la tradición en todos los órdenes y en todos los ámbitos. Como era marxista, lo atribuyó a una mutación general del capitalismo. El neocapitalismo –o sea, el nuevo capitalismo– era, para Pasolini, la fuerza más revolucionaria del presente. Más que el comunismo, al que veía como un movimiento de resistencia frente a la destructividad y a la deshumanización que el neocapitalismo traía consigo, cuya primera consecuencia sería el desarraigo universal, la destrucción total del mundo campesino y de las culturas tradicionales. De ahí que Pasolini apelase a una alianza entre católicos y comunistas para enfrentarse a lo que consideraba una amenaza contra lo que todavía quedaba de verdaderamente humano en el mundo. El neocapitalismo exigía un nuevo tipo de hombre, un consumidor sin raíces, sin tradición, sin cultura. En esa transformación revolucionaria, el nuevo capitalismo habría encontrado, según Pasolini, un aliado eficazísimo en el movimiento juvenil. Éste consistía realmente en una movilización general

contra el “viejo mundo”: contra la vieja burguesía y contra el viejo capitalismo, es cierto, pero también contra las fuerzas que se habían opuesto a aquél, el comunismo y la Iglesia. En el fondo, sostenía Pasolini, estos últimos eran los objetivos más importantes a batir. El viejo capitalismo se había identificado con lo que Pasolini llamaba la alianza “clerical-fascista”, que todavía sobrevivía, pero que, con toda evidencia, había recibido ya un golpe mortal en la Segunda Guerra Mundial. Aunque Pasolini partía de una observación de lo que ocurría en Italia, pensaba que lo mismo estaba pasando en todo el mundo capitalista. Tras la emancipación de las colonias, el capitalismo no podía mantener la división mundial del trabajo propia de la fase anterior: explotación de los recursos naturales de los países colonizados y explotación del proletariado industrial en las metrópolis. Ahora debía contar con los gobiernos y las burguesías de los nuevos Estados surgidos de la descolonización y extender a ellos el mismo modelo neocapitalista de las metrópolis, que él cifraba en dos conceptos: “eficiencia de las infraestructuras” y “rapidez del consumo”. Obviamente, esto chocaba con los hábitos tradicionales de las sociedades agrarias en todas las partes del mundo donde éstas subsistían. Por lo tanto, era una necesidad imperiosa para el neocapitalismo destruirlas, y esto se hacía en nombre de la “modernización”. Para Pasolini, la “modernización” equivalía a guerra abierta contra toda tradición cultural, y el “movimiento juvenil” era su fuerza de choque.

Sin embargo, el movimiento juvenil no podía organizarse de la misma forma en todos los ámbitos sociales. En las fábricas, obreros jóvenes y obreros viejos trabajaban juntos y luchaban juntos. Es cierto que entre los obreros jóvenes y los de más edad había también choques intergeneracionales. Los obreros mayores ganaban más, tenían familias a su cargo, más responsabilidades, y, en consecuencia, eran menos dados al aventurerismo en los conflictos con los patrones (posteriormente, en los setenta, las diferencias intergeneracionales se explicarían, en la extrema izquierda italiana, como diferencias entre la antigua clase obrera –el “obrero social”, más o menos arraigado en una geografía, la del norte industrial, y en una cultura técnica y política–, y una nueva clase obrera desarraigada –el “obrero masa”– procedente de la Italia agraria, sin tradiciones ni destrezas específicas, y, por tanto, más móvil, más prescindible y, al mismo tiempo, más adaptable a cualquier tipo de trabajo que no exigiera una alta cualificación.

En cualquier caso, todavía en los sesenta esta división no se percibía, y los obreros, pequeños empleados, etc., se encuadraban en las organizaciones sindicales y políticas de la izquierda tradicional. El ámbito donde el movimiento juvenil comenzó a crear sus organizaciones autónomas fue, como es lógico, la universidad, allí donde los jóvenes eran la mayoría. Nada tiene de extraño, en tal sentido, que la “rebelión juvenil” de los sesenta se manifestase, sobre todo, como “rebelión estudiantil”.

Al referirse al mayo francés, Gabriel Albiac se ha referido a la importancia del maoísmo como ideología dominante en el medio estudiantil de izquierda, y creo que, efectivamente, así ocurrió en las universidades francesas y yo diría que en las europeas en general¹. Sin duda, había grupúsculos de otras tendencias: troskistas, ácratas, consejistas, etc., pero el maoísmo, en su versión francesa o francoitaliana, predominó en la rebelión de los estudiantes. En Estados Unidos tuvo menos importancia, porque la disidencia con el viejo partido comunista americano se había identificado desde mucho tiempo atrás con el troskismo y existía, además, una fuerte tradición anarquista. Para el caso, visto desde hoy, la diferencia es pequeña. Ni el maoísmo ni el troskismo estudiantiles se parecían mucho al maoísmo y al troskismo clásicos. Entre otras cosas, porque hubo que adaptarlos hasta hacerlos irreconocibles. Proponer en Europa la guerra popular desde el campo a la ciudad, por ejemplo, era absurdo, lo mismo que preparar una insurrección obrera con una mayoría de trabajadores en rápida fuga hacia la socialdemocracia. La conclusión más razonable habría sido que la revolución no estaba ya en el orden del día. El fracaso rotundo del mayo francés, que tan claramente ha descrito Gabriel Albiac, habría debido desalentar a la nueva izquierda en su conjunto, pero la conclusión que se sacó de ése y de otros fracasos parecidos de los mismos años, por parte de un sector del “movimiento juvenil”, no fue precisamente el de la imposibilidad de la revolución, sino el de la necesidad de la violencia.

La Revolución de Octubre o la Larga Marcha eran referencias ya muy lejanas para la Nueva Izquierda de los sesenta, pero había ejemplos más

¹ Albiac, Gabriel: “Mayo del 68: el crepúsculo de una ilusión”, en *Cuadernos de Pensamiento Político*, nº 17, enero/marzo de 2008, páginas 223-237.

cercanos en los que mirarse. Estaba, sin duda, la revolución cubana. Ciertamente es que, para decepción general de maoístas y troskistas, Castro había decidido convertir Cuba en cabeza de playa de los soviéticos. Por otra parte, el Che no había logrado hacer de los Andes una versión ampliada de Sierra Maestra, pero el fenómeno de la guerrilla castrista, aun después de la muerte del Che en Bolivia, se extendía por Latinoamérica. Y estaba, desde luego, Vietnam, donde el Vietcong parecía mantener a raya al más poderoso ejército del planeta. La Nueva Izquierda era absolutamente ciega al trasfondo internacional de estos fenómenos, que percibía sólo como violencia redentora de los oprimidos de la tierra. Era como si no tuviesen que ver con la Guerra Fría. Se minimizaba sistemáticamente el papel de la ayuda soviética a las guerrillas, ya fuera ésta directa o a través de Cuba. Se pretendía ignorar el hecho de que la debilidad del “imperialismo yanqui” en Vietnam residía en el hecho de que los Estados Unidos eran una democracia tan respetuosa con la libertad de sus ciudadanos que permitía que un sector de los mismos trabajase a la luz del día por la derrota de su propio ejército desde las calles y los campus americanos, y que la fuerza de los guerrilleros estribaba justamente en lo contrario: en el carácter totalitario de los regímenes que los apoyaban y que ahogaban en sangre cualquier disidencia. Sólo se quería ver el lado supuestamente heroico del asunto: campesinos pobres que luchaban casi con las manos desnudas contra la tecnología militar más sofisticada y destructiva. Cuando esos campesinos asesinaban masivamente a otros campesinos, la Nueva Izquierda miraba para otro lado.

Y cuando algo parecido empezó a suceder en la vecindad, no se reaccionó de modo muy distinto. David Horowitz cuenta al respecto una historia que me parece ejemplar. A comienzos de los sesenta existía en los ghettos negros americanos una incipiente clase media de pequeños comerciantes y funcionarios que se había ido formando durante la próspera década anterior. En política, eran demócratas y reformistas, y nutrieron las filas del movimiento por los derechos civiles que encabezó Martin Luther King. En su mayoría, estas clases medias negras estaban encuadradas en comunidades evangélicas. Los comunistas tenían poco peso en ellas: los escasos intelectuales marxistas negros que se habían adherido a las plataformas comunistas americanas no estaban demasiado

implicados en la lucha contra la segregación racial y dedicaban sus esfuerzos, como sus correligionarios blancos, a la lucha por la paz (o sea, por el desarme unilateral de su país). Había, por supuesto, una población marginal mayoritaria en la que comenzaban a buscar prosélitos, sin demasiado éxito, los musulmanes negros. La juventud marginal, agrupada en bandas, practicaba una delincuencia apolítica. Pues bien, la Nueva Izquierda blanca optó por apoyar a estos últimos. Los reformistas evangélicos luchaban por la integración, o sea, por el fortalecimiento del sistema, y, por tanto, había que combatirlos. Los comunistas eran prosoviéticos, y la Unión Soviética era la bestia negra de la izquierda radical americana. En cuanto a los *Black Muslims*, se trataba de un grupo cerrado a cualquier colaboración con la izquierda blanca. Ésta –la Nueva Izquierda, quiero decir– dio su apoyo a una serie de líderes negros ultraradicales que trataron de encauzar la violencia delictiva de las bandas hacia una confrontación con el sistema. O sea, entre Martin Luther King, Angela Davis y Malcom X, la Nueva Izquierda optó por Huey Newton y los *Black Panthers*. El resultado, según Horowitz, habría podido preverse: la violencia delictiva no cambió de objetivos tras su reformulación política. Siguió centrándose en la tradicional extorsión de las clases medias negras, pero aumentó en intensidad. La consecuencia fue que las clases medias abandonaron unos barrios que se les habían hecho inhabitables por inseguros, y éstos quedaron a merced de los delincuentes radicales. En los setenta, los musulmanes, mucho más disciplinados, conseguirían acorrallar a los *Black Panthers* y similares, ya muy diezmados por sus guerras internas, y hacerse con el control de los ghettos ya fatalmente empobrecidos.

En todas partes donde emergían movimientos reformistas, los restos de la izquierda del 68 tendían a promover opciones radicales o a apoyar a los grupos más violentos. El caso de Irlanda del Norte es asimismo muy ilustrativo. El movimiento por los derechos civiles de la población católica, fue desmantelado por el IRA provisional, que contaba con las simpatías de la izquierda radical, no sólo de la británica. Todo lo que fuera violencia, “lucha armada”, se percibía como revolucionario, ruptural y emancipador, porque contribuía a la “autovaloración” de la clase obrera, según la jerga que se puso de moda a finales de los sesenta.

El caso de ETA puede explicarse según los mismos parámetros. Es un producto muy típico del 68, a pesar de su conexión con el nacionalismo vasco. A mediados de los sesenta, ETA tenía todas las características de cualquier grupúsculo estudiantil de la (nueva) extrema izquierda española. Para empezar, era maoísta, de un maoísmo exacerbado y ofensivo, quizá no tan sofisticado como el francés, pero, desde luego, pasado ya por el estructuralismo. El relativismo lingüístico de los ideólogos de ETA era de importación francesa, de la izquierda universitaria anticolonialista que había regurgitado a Humboldt y a la lingüística antropológica americana (Boas, Sapir, Whorf, etc.) para improvisar argumentos a favor del independentismo argelino. En los sesenta, ETA produjo mucha más literatura “revolucionaria” que atentados, y pueden rastrearse perfectamente las influencias ideológicas que absorbió: Mao y autores anticolonialistas como Fanon, en primer lugar, pero también Sartre y André Gorz. Quizá ETA estaba en la periferia del 68, pero no por ello dejaba de ser parte del mismo.

El paso al terrorismo se produjo en todas estas organizaciones como reacción ante el fracaso del proyecto revolucionario del movimiento juvenil de los sesenta. Esta afirmación podría sostenerse en términos muy generales, pero lo cierto es que ya se contaba desde el principio con que tal proyecto –o conjunto de proyectos– iba a exigir el recurso a la violencia, prácticamente en todos los casos. La violencia tenía, como he dicho, una función redentora, emancipadora, por sí misma. Ya lo había dicho Fanon: el mínimo atentado mortal deja como resultado un imperialista muerto y un colonizado libre. Este es un planteamiento *mágico* que fascinó a la izquierda radical e irritó considerablemente a la izquierda clásica, que lo consideraba –con toda razón– demencial. El terrorismo “individualista” había sido la gran plaga del movimiento obrero desde sus mismos orígenes. Pero las repetidas condenas del terrorismo como “reaccionario” y “pequeño burgués” contrastaban con el recurso potestativo al mismo que habían practicado las vanguardias políticas de la izquierda cuando les convino. De modo que tampoco a los terroristas de los sesenta les faltaba razón cuando denunciaban a los partidos comunistas como hipócritas.

El elemento mágico del terrorismo implicaba suponer relaciones de causa-efecto entre las “acciones armadas” y acontecimientos políticos de

envergadura que tenían lugar después de aquéllas. Probablemente, no puede encontrarse un ejemplo mejor de este tipo de *pensée sauvage* que el mito alimentado por la izquierda española durante la transición acerca del asesinato del almirante Carrero Blanco por ETA. La izquierda “clásica” española (es decir, la no estrictamente sesentayochista) reaccionó airadamente, en un primer momento, contra los autores del atentado. Esta era, como digo, su actitud habitual ante el terrorismo, porque perjudicaba la lucha política y sindical de la izquierda, al provocar la respuesta represiva del régimen contra todo lo que se moviera. En rigor, tal relación entre terrorismo y represión generalizada se fundamentaba en una evidencia empírica: ahí no había pensamiento mágico de ningún tipo. Todas las dictaduras, fuerzas de ocupación, gobiernos títeres, etc., aprovechan los atentados para dismantelar las estructuras clandestinas más visibles y frágiles. Esto lo sabían comunistas y socialistas y lo sabían también los etarras (aunque, como diré después, en el segundo caso había una intención deliberada de provocar precisamente esa reacción del régimen).

Esa actitud inicial de la izquierda duró poco más de cuatro meses. Cuando, en abril de 1974, el golpe de los capitanes portugueses derribó el salazarismo, se despertaron las expectativas de un cambio político inmediato en España y, retrospectivamente, la desaparición de Carrero Blanco se reveló a la casi totalidad de la oposición al régimen como el allanamiento decisivo del principal obstáculo para la restauración de la democracia, toda vez que el almirante parecía encarnar la esperanza de continuidad del franquismo: de un posible franquismo sin Franco. Nació entonces el mito de ETA como catalizador decisivo de la Transición. Un mito que se perpetuó en la cultura de la izquierda.

Sobra decir que entre el asesinato de Carrero y el advenimiento de la democracia hay tanta relación causal como entre el baile propiciatorio de la lluvia que ejecuta un chamán y la lluvia misma. La intención de facilitar y acelerar la transición del franquismo a la democracia estaba totalmente ausente de los objetivos perseguidos por ETA al asesinar al almirante. Lo que ETA intentaba al hacerlo era lo contrario: endurecer más aún al régimen, provocar su involución. Pero la interpretación en clave mágica de los efectos del atentado que la izquierda le devolvió confirmaría, en su caso, una

de las premisas de todo el nuevo terrorismo: que las acciones armadas obtienen resultados políticos “espectaculares”, aunque a veces no sean los directamente buscados.

Creo que cabría definir el primer estadio del nuevo terrorismo surgido de la cultura “revolucionaria” del 68 sobre la base de esta creencia en la eficacia mágica de la “lucha armada”. Es una diferencia importante –yo diría que fundamental– respecto al maoísmo y su teoría de la guerra popular y prolongada, según la cual, los resultados políticos, si los hay, tardan mucho en verse: son la culminación de un proceso muy largo y penoso, del foco insurreccional a la guerrilla, de la guerrilla al ejército de liberación, la constitución de un gobierno “popular” en la sombra, el cerco de las ciudades desde el campo, etc. El nuevo terrorismo pretendía saltarse todas esas etapas mediante la estrategia del asalto directo al corazón del Estado. Es lo que intentaron en Italia las Brigadas Rojas. Una estrategia que culminó y se agotó en el secuestro y posterior asesinato de Aldo Moro en mayo de 1978: el pacto de la Democracia Cristiana con el PCI resistió, y el asesinato de Moro no logró forzar siquiera una crisis de gobierno.

Como Umberto Eco observó a raíz del caso Moro, lo del “corazón del Estado” era una figura literaria sin referente. El Estado no tiene corazón. La experiencia del fracaso de la estrategia “mágica” produjo una nueva metamorfosis del terrorismo. Pero, antes de describirla, conviene resumir, muy brevemente, lo que tomó el primer terrorismo de la cultura del 68. En primer lugar, la idea de que la violencia de los oprimidos es siempre revolucionaria. Esta es una idea nueva, muy lejana de los planteamientos leninistas clásicos, según los cuales la violencia sólo es revolucionaria cuando se atiene a las directrices y a la disciplina del partido revolucionario. Las Brigadas Rojas, e incluso ETA introdujeron una dualidad subversiva en el seno de la tradición leninista al separar el “*partito armato*” del partido político, e instituyendo así el modelo que seguirían otros grupos terroristas de extrema izquierda en Italia y España. En realidad –es una experiencia común a la Nueva Izquierda europea y americana–, cada grupo armado creado por una organización política terminaba por independizarse de aquélla, cuando no por absorberla o subordinarla a la dirección “militar”.

En segundo lugar, la violencia popular es una violencia “de respuesta” a la “violencia instituida”. Jamás, que yo sepa, se intentó definir en qué consistía tal violencia. Sospecho que se confundía con el poder coercitivo del Estado, pero está claro que poder coercitivo y violencia no son la misma cosa. El Estado puede ejercer la coerción, incluso violenta, cuando el ciudadano incumple flagrantemente la ley. En caso contrario, no necesita ejercerla. Esto, por supuesto, es muy teórico, porque las coerciones ilegales son la norma en muchos Estados, donde la policía, los jueces y, en general, el último funcionario colocado tras una ventanilla, extorsionan a los ciudadanos con alegre impunidad. Ahora bien, hay otros Estados en los que las extralimitaciones funcionariales se persiguen con rigor y eficacia. Lo característico de la cultura de la Nueva Izquierda es que no hacía ninguna diferencia entre unos y otros. Todo Estado es el instrumento de dominación de una clase social, que somete y explota a las demás mediante la violencia instituida o... “estructural”. Una de las más curiosas teorías al respecto es la de la “tolerancia represiva”, que hizo furor en los campus americanos. Contra toda evidencia, el Estado americano –al servicio de las grandes corporaciones, del “complejo militar-industrial”– era un Estado totalitario que mantenía una fachada democrática y tolerante, pero bastaba una mínima provocación, para que el Estado arrojase la máscara y manifestase con toda violencia su verdadera condición. Sobra decir que no se trataba sino de una versión exagerada de las más manidas teorías clásicas sobre el Estado. Es lógico que, a cada ataque, el Estado reaccione con fuerza proporcionalmente mayor. Lo de la “respuesta proporcionada” es una idea demasiado reciente.

En la España del franquismo, lo de la “tolerancia represiva” no servía para nada a la Nueva Izquierda. La dictadura no era tolerante ni en apariencia, aunque en la tolerancia hay grados, y, a lo largo de los sesenta, la represión política fue menguando, quizá para no causar mala impresión en el turismo. De hecho, ETA se lanzó a la “lucha armada” en unos años en que la atmósfera represiva, sin desaparecer, era menos sofocante que en tiempos anteriores. Desde los sesenta, ETA aplicó la táctica de Acción-Represión-Acción: se trataba de contar con que la respuesta represiva a cada atentado, cada vez más indiscriminada y brutal, terminaría por incorporar a todas las clases oprimidas del País Vasco a la lucha contra el régimen, bajo la dirección de ETA. También el cálculo falló, en este caso. Tuvo éxito en lo de provocar una cierta

involución del régimen y endurecer considerablemente la represión, pero no arrastró a las masas vascas a la insurrección.

A lo largo de los setenta, dado el fracaso de las estrategias “políticas” del terrorismo, éste fue derivando hacia un terrorismo “social” o socializado. Es realmente tentador poner en conexión la aparición de este nuevo tipo de terrorismo con las nuevas teorías que esos años aparecieron sobre la dispersión social del poder, los micropoderes o la “guerra infinita” de Michel Foucault, en su curso de 1976 en el *Collège de France*, por ejemplo, pero me da la impresión de que todas ellas no son más que intentos de racionalizar a posteriori las “nuevas formas de lucha” de los setenta, que no fueron todas terroristas, pero entre las que hay que incluir, desde luego, el terrorismo social. La aparición de éste, ligada a movimientos consejistas y asamblearios, tuvo mucho de espontánea en el caso de Italia, aunque también los atentados contra el pequeño patrón, el jefe de personal, etc., estaban ya en el programa nunca cumplido del maoísmo francés, que puso en marcha los tribunales populares de barrio, fábrica y universidad. Con una ingenuidad que hoy resulta patética, Pierre Victor –que terminaría volviendo al judaísmo ortodoxo de su infancia y dirigiendo el Instituto de Estudios Levinasianos en Jerusalén–, afirmaba en 1972 que, aunque las sentencias de estos tribunales eran inejecutables, se traducían en un aumento del poder real de la clase obrera, al conseguir cambiar el espíritu y el sentido de la justicia de aquéllos a los que se dirigían. El hecho es que, poco después, nacieron grupos armados cuya función consistía, precisamente, en ejecutar las “sentencias” de las asambleas de fábrica o de barrio. Como se trataba de un terrorismo poco profesional, fue pronto barrido por la acción policial, pero, mientras duró, su ubicuidad y, sobre todo, su cercanía a lo social, le dio una capacidad de desestabilización incluso superior a la del terrorismo “político”. En España estuvo representado por los Comandos Autónomos Anticapitalistas, que, entre 1978 y 1984 realizaron cerca de un centenar de atentados, con una treintena de asesinatos. Una cifra mucho menor, sin duda, que la que arroja la actividad terrorista de los grupos italianos durante los “años de plomo”. Actualmente, el terrorismo de raíz sesentayochista está casi extinguido en Europa. La excepción, obviamente, es ETA, de la que se olvida con frecuencia su exacta filiación. Más que el resultado de una evolución del nacionalismo arnista, es el resultado de la apropiación de éste por la Nueva Izquierda.